

JANE AUSTEN

ORGULLO

Y

PREJUICIO

INTRODUCCIÓN

HILARY MANTEL



 Planeta

JANE AUSTEN

ORGULLO
Y
PREJUICIO



Introducción de Hilary Mantel
Traducción de José C. Vales

 Planeta

Jane Austen publicó, de forma anónima, la primera edición de este libro en 1813 con el título de *Pride and Prejudice*

© por la traducción, José C. Vales, 2012

© Tertius Enterprises Ltd, «Jane Austen» por Hilary Mantel, publicado por primera vez en *Literary Genius: 25 Classic Writers Who Define English & American Literature*, Paul Dry Books, 2007

© Tertius Enterprises Ltd, «Not 'Everybody's Dear Jane': On Jane Austen» por Hilary Mantel, publicado por primera vez en *New York Review of Books*, 1998

© por la traducción de la introducción, Albert Fuentes, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29552-5

Depósito legal: B. 15.787-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SUMARIO

A propósito de Jane Austen	7
Más allá de «la Jane querida por todos»	19

ORGULLO Y PREJUICIO

Libro primero	41
Libro segundo	193
Libro tercero	315

I

Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero en posesión de una notable fortuna necesita una esposa.

Por muy poco que se conozcan los sentimientos o los puntos de vista de un hombre como el que se ha descrito, esta verdad está tan grabada en las mentes de las familias que lo rodean que se lo considerará como la legítima propiedad de una u otra de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo su mujer un día—, ¿te has enterado de que por fin se ha arrendado Netherfield Park?

El señor Bennet contestó que no.

—Pues sí —replicó ella—, porque la señora Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no contestó nada.

—¿No quieres saber quién lo ha cogido? —exclamó su mujer con impaciencia.

—*Tú* quieres decírmelo, y no tengo ningún inconveniente en escucharlo.

Aquello fue una invitación suficiente.

—Pues bien, querido mío, debes saber que la señora Long dice que Netherfield ha sido arrendado por un joven con

una enorme fortuna, procedente del norte de Inglaterra; dice que pasó por aquí el lunes en un carruaje de cuatro caballos para ver el lugar y quedó tan encantado que ha llegado a un acuerdo inmediatamente con el señor Morris; y que se va a instalar antes de San Miguel, y que algunos de sus criados ya estarán en la casa para finales de la próxima semana.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido mío, ¡desde luego! Un soltero con una gran fortuna; cuatro o cinco mil al año. ¡Es una cosa estupendísima para nuestras niñas!

—¿Y eso por qué? ¿En qué les afecta a ellas?

—Mi querido señor Bennet —contestó su esposa—, ¿cómo puedes ser tan mostrenco? Has de saber que estoy pensando en que se case con una de ellas.

—¿Es ese su plan al venir a vivir aquí?

—¡Plan! Qué tontería, ¿cómo puedes decir eso? Pero es muy probable que *pueda* enamorarse de una de ellas, y por tanto debes ir a visitarlo en cuanto venga.

—Yo no veo ninguna necesidad de hacer eso. Podéis ir tú y las niñas, o puedes dejar que vayan solas, lo cual tal vez sería todavía mejor, porque dado que tú eres tan hermosa como cualquiera de ellas, el señor Bingley podría preferirte a cualquiera de ellas.

—Querido mío, me halagas. Desde luego yo *he* gozado en su día de alguna belleza, pero no creo que ahora sea nada extraordinario. Cuando una mujer tiene cinco hijas crecidas debe prescindir de pensar en su propia belleza.

—En esos casos, una mujer no tiene mucha belleza en la que pensar.

—En fin, querido mío, que debes ir a ver al señor Bingley cuando venga al vecindario.

—Eso es más de lo que puedo prometer, ya te lo digo.

—¡Pero piensa en tus hijas! Piensa simplemente en lo que significaría un compromiso para una de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir, y únicamente con esa idea, porque ya sabes que en general nunca visitan a los nuevos vecinos. En fin, que debes ir, porque *nosotras* no podemos ir a visitarlo, si no vas tú antes.

—Desde luego tienes demasiados escrúpulos. Me atrevo a decir que el señor Bingley estará encantado de veros; y yo le enviaré unas letras por vosotras, para asegurarle que daré mi consentimiento de todo corazón a su matrimonio con cualquiera de las niñas que elija; aunque añadiré alguna nota favorable acerca de mi pequeña Lizzy.

—Confío en que no hagas semejante cosa. Lizzy no es en nada mejor que las otras; y, la verdad, no es ni la mitad de guapa que Jane, ni la mitad de simpática que Lydia. Pero tú siempre la has considerado tu favorita.

—Ninguna de ellas tiene mucho de lo que se pueda presumir —contestó el señor Bennet—; son igual de tontas e ignorantes que el resto de las muchachas de su edad; pero Lizzy tiene algo más de inteligencia que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes insultar de ese modo a tus propias hijas? Parece que te complaces en humillarme. No tienes compasión de mis pobres nervios...

—Me interpretas mal, querida. Tengo en una elevadísima consideración a tus nervios. Son viejos amigos míos. Llevo veinte años oyéndote hablar de ellos.

—¡Ah, no sabes lo que sufro!

—Sin embargo, confío en que lo superarás y en que vivas para ver cómo llegan al vecindario un montón de caballeros jóvenes con una renta de cuatro mil al año.

—De nada nos serviría que vinieran veinte de ese tipo, puesto que no irías a visitarlos.

—Puedes estar segura, querida mía, que cuando haya veinte, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan rara de vivo ingenio, humor sarcástico, espíritu taciturno y volubilidad que veintitrés años habían sido insuficientes para que su mujer lograra llegar a comprender su carácter. La mente de la señora Bennet era menos difícil de descifrar. Era una mujer de entendimiento escaso, poca educación y temperamento variable. Cuando estaba disgustada, fingía sufrir de los nervios. El objetivo de su vida era casar a sus hijas; su entretenimiento, andar de visitas y cotillear.

II

El señor Bennet estuvo entre los primeros que fueron a presentar sus respetos al señor Bingley. Siempre había tenido la intención de visitarlo, aunque hasta el final le estuvo asegurando a su mujer que no iría; y ella no se enteró de ello hasta la tarde posterior a que efectivamente se llevara a cabo dicha visita. Entonces se reveló todo de la siguiente manera. Viendo que su hija segunda se encontraba ocupada poniéndole una cinta a un sombrero, el señor Bennet se dirigió repentinamente a ella con un «Espero que le guste al señor Bingley, Lizzy».

—No estamos en disposición de saber lo que le gusta al señor Bingley —dijo su madre con resentimiento—, porque no vamos a ir a visitarlo.

—Pero olvidas, mamá —dijo Elizabeth—, que nos lo encontraremos en las reuniones y que la señora Long ha prometido presentarlo.

—No creo que la señora Long haga nada semejante. Tiene dos sobrinas. Es una mujer egoísta e hipócrita, y no tengo ninguna buena opinión de ella.

—Ni yo tampoco —dijo el señor Bennet—, y me alegra mucho saber que no dependéis de lo que esa señora pueda hacer por vosotras.

La señora Bennet no se dignó responder nada; pero, incapaz de contenerse, comenzó a reprender a una de sus hijas.

—¡Deja de toser de esa manera, Kitty, por el amor de Dios! Ten un poco de compasión de mis nervios. Me los estás destrozando.

—Kitty no tiene discreción ninguna con sus toses —dijo su padre—. Siempre elige un mal momento.

—No toso por divertirme —replicó Kitty, de mal humor.

—¿Cuándo va a ser tu próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Sí, así es —exclamó su madre—, y la señora Long no regresa hasta el día anterior; así que le será imposible presentárselo a nadie, porque ni siquiera ella lo conocerá.

—Entonces, querida, puede que tengas alguna ventaja respecto a tu amiga y puedas presentárselo tú a ella.

—Imposible, señor Bennet, imposible, porque yo tampoco lo conozco; ¿cómo puedes ser tan burlón?

—Celebro tu circunspección. Quince días es ciertamente muy poco para una amistad. Uno no puede saber realmente cómo es un caballero solo en quince días. Pero si nosotros no nos arriesgamos, otros lo harán; y, después de todo, la señora Long y sus sobrinas deben esperar también su oportunidad; y por tanto, como ella lo considerará un acto de cortesía, si tú te niegas a presentárselo, yo mismo me ocuparé de ello.

Las chicas miraron atónitas a su padre. La señora Bennet solo decía: «¡Tonterías, tonterías!».

—¿Qué significa esa enfática exclamación? —exclamó su marido—. ¿Acaso consideras las formalidades de la presentación y la importancia que reside en ellas como una tontería? No puedo estar en absoluto de acuerdo contigo en ese punto.

¿Qué dices tú, Mary? Yo sé que eres una joven de profundas reflexiones, y que lees grandes libros y copias algunos párrafos.

Mary quiso decir algo muy sensato, pero no supo qué.

—Mientras Mary va aclarando sus ideas —añadió—, volvamos al señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley —exclamó su esposa.

—Lamento mucho oír eso; ¿por qué no me lo dijiste antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, desde luego no habría ido a visitarlo. Qué mala suerte; pero como ya he cumplimentado la visita, no podemos evitar tener relación con él.

El asombro de las señoritas era precisamente lo que pretendía; el de la señora Bennet quizá sobrepasaba el de las demás; aunque cuando se acalló el primer alboroto de alegría, empezó a decir que eso era lo que había esperado desde el primer momento.

—¡Qué bueno eres, mi señor Bennet querido! Pero yo sabía que te convencería al final. Estaba segura de que querías demasiado bien a tus niñas como para negarles una relación como esa. Bueno, bueno, ¡qué contenta estoy!, y qué buena broma ha sido esa también: haber ido esta mañana y no haber dicho ni una palabra hasta ahora.

—Ahora, Kitty, puedes toser todo lo que quieras —dijo el señor Bennet; y, mientras se lo decía, abandonó la estancia, cansado de los arrebatos de gozo de su mujer.

—¡Qué padre tan excelente tenéis, niñas! —dijo la mujer cuando se cerró la puerta—. No sé cómo podréis agradecerle jamás su bondad; ni yo, para decirlo todo. A estas alturas de nuestra vida, os lo puedo asegurar, ya no es muy agradable estar haciendo nuevas amistades todos los días; pero por vosotras haríamos lo que fuera. Lydia, mi amor, aunque tú eres la más joven, me atrevería a decir que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh! —exclamó Lydia con resolución—. No me preocupa; porque aunque soy la más joven, soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en elucubrar cuándo devolvería el señor Bingley la visita del señor Bennet, y decidiendo cuándo le pedirían que viniera a cenar.

III

Por mucho que la señora Bennet, con la ayuda de sus cinco hijas, quiso sonsacarle a su marido una descripción satisfactoria del señor Bingley y, por mucho que indagaron sobre el asunto, no sirvió de nada. Lo acosaron de distintos modos; con preguntas directas, con ingeniosas suposiciones y conjeturas indirectas; pero él consiguió eludir las argucias de todas; y al final se vieron obligadas a contentarse con la información de segunda mano de su vecina, lady Lucas. Su informe resultó especialmente favorable. Sir William había quedado encantado con él. Era bastante joven, extraordinariamente guapo, extremadamente agradable y, para colmo de virtudes, tenía pensado acudir a la próxima fiesta con un numeroso grupo de amigos. ¡No podía haber una noticia mejor! Ser aficionado al baile ya era en cierto sentido un paso hacia el enamoramiento; y de ahí que se abrigaran muy vivas esperanzas respecto a la posibilidad de acceder al corazón del señor Bingley.

—Solo con que pudiera ver a una de mis hijas felizmente instalada en Netherfield —dijo la señora Bennet a su marido—, y todas las demás igual de bien casadas, ya no pediría nada más.

Pocos días después, el señor Bingley le devolvió la visita al señor Bennet y estuvo alrededor de diez minutos con él en la biblioteca. Había abrigado esperanzas de que le permitieran

ver a las jóvenes señoritas, de cuya belleza había oído hablar mucho, pero solo vio a su padre. Las señoritas fueron un tanto más afortunadas, porque tuvieron la ventaja de comprobar desde una ventana de arriba que el caballero llevaba una levita azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para que fuera a cenar, y la señora Bennet ya había elegido los platos que iban a demostrar su buen hacer como ama de casa, cuando llegó una respuesta que lo aplazó todo. El señor Bingley se veía precisado a ir a la ciudad al día siguiente y, en consecuencia, no le era posible aceptar su amable invitación, etcétera. La señora Bennet se quedó completamente desconcertada. No podía imaginar qué asuntos podía tener en la ciudad tan pronto, después de haberse trasladado a Hertfordshire; y comenzó a temerse que pudiera estar siempre yendo de un lugar a otro y que nunca acabara estableciéndose en Netherfield, que era lo que debía hacer. Lady Lucas calmó un poco sus temores sugiriendo que tal vez podría haber ido a Londres solo para recoger a sus numerosos amigos para acudir al baile, y muy pronto llegó la información de que el señor Bingley iba a traer con él a doce señoritas y a siete caballeros a la fiesta. Las niñas lo que temieron fue el número tan elevado de señoritas; pero el día antes del baile experimentaron cierto alivio al saber que, en vez de doce, solo vendría con seis desde Londres, sus cinco hermanas y una prima. Y, al final, cuando el grupo entró en el salón de baile, solo eran cinco: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor, y otro joven.

El señor Bingley era apuesto y de aspecto distinguido; tenía un rostro agradable y unos modales naturales, nada afectados. Sus hermanas eran mujeres hermosas y con un aire de indudable elegancia. Su cuñado, el señor Hurst, no tenía más que la apariencia de caballero; pero su amigo, el señor Darcy,

no tardó en atraer la atención de toda la sala por su figura, apuesta, alta, de hermosos rasgos, porte aristocrático; y el rumor que se puso en circulación general a los cinco minutos de su aparición aseguraba que contaba con diez mil anuales. Los caballeros admitieron que, como hombre, tenía un porte elegante, las damas declararon que era mucho más guapo que el señor Bingley, y se lo observó con admiración durante aproximadamente la mitad de la velada, hasta que sus modales provocaron un disgusto general que cambió las tornas de su popularidad; porque resultó ser un orgulloso, y se comportaba como si estuviera por encima de los demás y por encima de la obligación de mostrarse cortés; y ni todas sus enormes posesiones en Derbyshire pudieron entonces evitar que se lo viera como el caballero más detestable y desagradable, e indigno de ser comparado con su amigo.

El señor Bingley pronto se hizo amigo de las personas principales del salón; era muy alegre y extrovertido, bailaba todos los bailes, se indignó porque el baile se acabara tan pronto y habló de dar uno él mismo en Netherfield. Cualidades tan encantadoras deben hablar por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! El señor Darcy bailó solo una vez con la señora Hurst y otra vez con la señorita Bingley, se negó a que le presentaran a cualquier otra dama, y pasó el resto de la velada dando vueltas por el salón, hablando de vez en cuando con alguno de sus amigos. Su personalidad quedó sentenciada: era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todo el mundo confiaba en que nunca volviera por allí. Entre los más violentos contra él estaba la señora Bennet, cuyo disgusto ante su comportamiento general fue afeado con particular inquina por haber menospreciado a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, dada la escasez de caballeros, a sentarse durante dos bailes, y durante parte

de este tiempo el señor Darcy había permanecido de pie lo suficientemente cerca de ella para que Elizabeth pudiera escuchar una conversación entre él y el señor Bingley, que acababa de bailar hacía unos minutos, y ordenarle que se quedara con él.

—Vamos, Darcy —dijo Bingley—, tengo que conseguir que bailes. Odio verte ahí de pie, plantado y solo, con esa actitud tan estúpida. Harías mucho mejor en bailar.

—Desde luego, no lo voy a hacer. Sabes cómo lo detesto, a menos que conozca muy especialmente a mi pareja. En una fiesta como esta, sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y no hay otra mujer en la sala con quien bailar no me resultara una desgracia.

—¡Yo no sería tan quisquilloso como tú por nada del mundo! —exclamó Bingley—. Por mi honor te aseguro que jamás he conocido tantas jovencitas agradables en mi vida como esta noche, y algunas de ellas, como comprobarás, son especialmente hermosas.

—Tú estás bailando con la única muchacha bonita del salón —dijo el señor Darcy, mirando a la mayor de las señoritas Bennet.

—¡Oh!, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Pero hay una de sus hermanas, sentada justo detrás de ti, que es muy bonita, y me atrevería a decir, muy agradable. Permíteme que le diga a mi amiga que te la presente.

—¿A quién te refieres? —y dándose la vuelta, miró durante un instante a Elizabeth, hasta que, tropezándose con su mirada, desvió la suya y dijo con frialdad—: Es aceptable; pero no lo suficientemente hermosa como para tentarme; y en este momento no estoy de humor para darle importancia a jóvenes damas que ya han sido rechazadas por otros hombres. Harías bien en volver con tu acompañante y disfrutar de sus sonrisas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.